

Hillary Hiner, *VIOLENCIA DE GÉNERO, POBLADORAS Y FEMINISMO POPULAR. CASA YELA, TALCA (1964-2010).*

Tiempo Robado editoras, Santiago, 2019, 336 páginas.

Andrea Uribe*

“Doce mujeres pobladoras y dos religiosas bastan para construir una historia feminista”¹: así lo establece Luna Follegati en su prólogo a *Violencia de género, pobladoras y feminismo popular* y, pese a lo intrépido del enunciado, así lo demuestra la historia contada por Hillary Hiner. Doce pobladoras como las que estas páginas describen, quienes, de ser un grupo formado por mujeres católicas que hacían ollas comunes, pasaron a constituir un colectivo que trabajó por erradicar la violencia hacia la mujer; dos religiosas como Laura Magallanes y Peggy Lipsio, hermanas Maryknoll que derivaron hacia una teología más y más feminista. Todo ello envuelto en una mezcla de cesantía, hambre, machismo, represión dictatorial y una Iglesia que se



soñaba liberadora. Si sumamos a una historiadora situada en el contexto académico como “historiadora feminista”, resulta un hermoso libro de historia.

Aunque, quizás, sea más acertado decir de *historias*. Porque podemos leerlo como el devenir de un

grupo de mujeres tan organizadas que la categoría “sujeto histórico” no consigue abarcarlas; como la narración del fin de un período pujante para el feminismo chileno que, de estar masivamente presente en las calles como parte importante del movimiento opositor a la dictadura en los ochenta, durante los noventa parece desaparecer, víctima de la estatización de los servicios de apoyo a las mujeres; como la historia de una provincia chilena que

* Editora en Historiográfica. E-mail: andreauribealvarado@gmail.com

¹ Luna Follegati, “Prólogo”, en *Violencia de género, pobladoras y feminismo popular. Casa Yela, Talca (1964-2010)*, Hillary Hiner (Santiago: Tiempo Robado editoras, 2019), 10.

sufre importantes cambios en su estructura agraria, y las consecuencias que ello conlleva; o como la crónica de una Iglesia sumergida en el espíritu de la teología de la liberación y estructurada, asemejando un panal, en cientos de vivas comunidades cristianas de base. Es también, por cierto, la memoria de un período vivido en el Maule (Santiago aparece muy poco en sus líneas). Y es el testimonio, personal y colectivo, de doce mujeres que quisieron traspasar su vivir a una historiadora que también escuchó sus silencios.

Todo ello transcurrió en Talca. Esto, por sí mismo, es destacable pues la historiografía nacional tiende al centralismo y si bien existen historiadores que escarban en historias regionales desde orientaciones diversas, como Alejandra Brito y Danny Monsálvez en Concepción y Karen Alfaro en Valdivia, entre otros y otras, la mirada peca de santiaguina en exceso. Ocurre también que, tal vez en un intento por desligarse de aquella escuela enamorada de héroes patrios y personajes históricos, las investigaciones se han dirigido con tanto ahínco hacia los grandes procesos, las tan largas duraciones, los movimientos y los grupos sociales, que las personas (“‘Ciencia de los hombres’, hemos dicho”²; sumemos ahora a las mujeres) han quedado en el olvido y, en esa amnesia, las hemos dejado sin su estatua.

La introducción es extensa y rica en teoría, para situar al lector o lectora en la trayectoria de la historiografía de género en Chile y sus cruces con la historia social, con los estudios subalternos y con

la memoria. Clave resulta la revisión de la historiografía sobre la violencia contra la mujer y las acepciones que la autora ofrece ante dos conceptos que, pareciendo ser dos significantes para un mismo significado, acarrear implicancias de considerables diferencias: uno, *violencia contra la mujer*; el otro, *violencia intrafamiliar*; uno, propuesto desde el feminismo; el otro, no.

“La violencia que yo viví” es el título del primer capítulo, que transcurre entre 1964 y 1973. Siguiendo el hilván de una muy fina revisión de fuentes, la autora va montando el escenario donde el encuentro entre las doce mujeres y las dos religiosas se produce. Comienza por describir la relación de las futuras mujeres Yela, entonces pobladoras, con el campo maulino atravesado por las transformaciones del siglo XX, donde ellas, en su calidad de hijas o esposas de inquilinos, eran propiedad sexual del patrón. Durante la Revolución en Libertad las podemos ver participando en centros de madres (CEMA); luego, la Unidad Popular las elevará a la categoría de “madre de las futuras generaciones de socialistas y esposa del obrero”. De proyecto propio, nada aún. Y mientras ellas avanzaban en su politización, la formación de poblaciones en el norte de Talca, producto de la migración campo-ciudad y de la Promoción Popular impulsada por la Democracia Cristiana, está en curso. A la población Luis Emilio Recabarren (fundada en 1968, tras la primera toma de terreno) le siguen Villa Río, Villa La Paz, Población José Miguel Carrera y el Campamento Che Guevara, hasta donde llegaron, para

2 Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador* (Ciudad de México: FCE, 2018), 58.

instalarse en una mediagua frente a la parroquia, las hermanas Maryknoll. El proceso de reforma agraria, iniciado en el gobierno de Frei Montalva y profundizado durante la Unidad Popular, quebró las bases del inquilinaje y su violencia sexual implícita; no obstante, al promover tareas para mujeres y tareas para hombres —fue *generizada*—, reforzó el rol de este último como campesino proveedor. Ellas, por su parte, siguen participando en CEMA. Allí, para convertirlas en votantes politizadas, el Estado se encarga de enseñarles a leer y a escribir.

El rol de madre-esposa fue exacerbado por la dictadura. CEMA desarrolla, entonces, una exitosa estrategia clientelar (muy bien explicada por Hiner en “Esperanza en una situación casi intolerable”, capítulo segundo de su trabajo): a cambio de los beneficios ofrecidos, las mujeres populares debían ser “socias” y apoyar al régimen. De fondo, la idea —propia del fascismo— de *saneamiento social*. En marcha se puso una contrarreforma agraria que llevó al Maule hacia el desarrollo agroindustrial, entre cuyos resultados se cuenta la incorporación masiva de mujeres al trabajo remunerado. Estamos en 1982 y la crisis económica se hace sentir con fuerza. En las poblaciones hay hambre, las ollas comunes se multiplican. A una de tantas se unen dos religiosas que insisten en vivir en la pobreza, convencidas de que, si Jesús volviera a la tierra, sería obrero y poblador. Ellas lo notan: entre quienes participan del comedor popular existen mujeres violentadas. Y aprovechan lo que tienen a mano: vengan al comedor, háganlo por sus familias, participen de la reunión...

Son las hermanas Maryknoll. Son, ante todo, mujeres. Cuestionaron los dogmas tradicionales, se empaparon de teología feminista, resistieron tanto o más que sus compañeros sacerdotes y fueron, en su mayoría, olvidadas.

En 1986 —año que el Partido Comunista chileno declaró el “año decisivo”, en que el FPMR atentó contra Pinochet, en que se conmemora por primera vez el Día contra la Violencia hacia las Mujeres (25 de noviembre) y en que Mujeres por la Vida ingresa en la Asamblea de la Ciudad— nace, en una población de Talca, el Grupo Yela.

Durante los noventa, las mujeres de la Casa Yela se convierten en referente nacional al hablar de violencia contra la mujer. Ellas, no paran de trabajar. Para la conmemoración del 8 de marzo de 1988 observan la primera división del movimiento de mujeres, hasta entonces cohesionado en su afán opositor. Ellas, ofrecen formación cívica para participar en el plebiscito que pretende sacar al dictador y marchan, por el centro de Talca, el 25 de noviembre. Con la creación del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam), se estatiza gran parte de las demandas del movimiento. Ellas, con apoyo internacional, compran una propiedad donde instalan su casa de acogida en 1995. La seremi del Sernam en el Maule no autoriza a la Casa Yela como casa de acogida estatal, de acuerdo con lo planteado por la autora, fruto del nudo existente entre la Democracia Cristiana (donde militaba la seremi) y la entonces Concertación por el “tema” de la mujer. Ellas, en 1999, experimentan la primera división del grupo como resultado de la profesionalización en que las sumergió la

lógica de proyectos imperante. Una tensa relación se establece entre el Sernam y las organizaciones de mujeres: el aporte internacional se retira ante la recuperada democracia y la red de organizaciones se desteje entre el Estado y la academia. Ellas, dejan de recibir, en 2005, el aporte de Tierra de Hombres, del cual dependían. En 2007 se crea en Talca una casa de acogida estatal que, por muchos años, no contrató a ninguna de las experimentadas mujeres Yela. Ellas, en noviembre de 2009, cierran las puertas de su casa.

Una década llega a su ocaso mientras la Iglesia católica chilena se desmorona por los abusos cometidos por sus pastores, cada vez más flagrantes. La opción preferencial por los pobres queda en el olvido de la jerarquía eclesiástica y las vivas comunidades cristianas de base han desaparecido. Pero frente al olvido, la memoria: existió en Chile, en otro tiempo, una Iglesia activa, pobre y liberadora. Esta historia pertenece también a dos mujeres religiosas que fueron parte de esa Iglesia y, por ese cauce, se emparenta, como esas familias lejanas, con *Para una historia de los derechos humanos en Chile. Historia institucional de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (1975-1991)*³, firmado por Mario Garcés y Nancy Nicholls. Vínculos más cercanos tiene con publicaciones alusivas a la historia de las mujeres chilenas (que la autora despliega

con detalles en su introducción), en particular con la línea iniciada por *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*⁴, editado por Lorena Godoy et al. en 1995.

“Al llegar, ese día lluvioso y helado de julio, y conversar con su directora [de la Casa Yela], Leonarda Gutiérrez, me di cuenta, casi de manera instantánea, que allí había una muy buena historia para contar y, aún más importante, que había una *necesidad* de contarla”⁵. Así describe la autora su primer encuentro con las mujeres Yela. Quizás debiera decir con su objeto de estudio, pero lo cierto es que la investigación encarnada en este libro pareciera partir de un compromiso intelectual bañado en un compromiso emocional, vibrante y luminoso. Porque es ese compromiso el que lleva a un autor o autora (apoyado por su editor o editora) a dedicar tiempo a ciertas decisiones que hacen que la experiencia lectora sea también sensorial: tamaños, papeles, tintas, costuras, encuadernados. Porque es ese compromiso el que nos lleva a dedicar tiempo (¿robado?) a dilucidar cómo usamos el español para que sea certero, cómo plasmamos el sentir de una historiadora que habla por ella y no en un extraño *nosotros*, cómo transmitimos el brillo que adquirieron los ojos de alguna mujer entrevistada al recordar su encuentro con el feminismo.

3 Mario Garcés y Nancy Nicholls, *Para una historia de los derechos humanos en Chile. Historia institucional de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, Fascic (1975-1991)* (Santiago: LOM ediciones, 2005).

4 Lorena Godoy et al., *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago: Sur-Cedem, 1995).

5 Hilary Hiner, *Violencia de género, pobladoras y feminismo popular. Casa Yela, Talca (1964-2010)* (Santiago: Tiempo Robado editoras, 2019), 23.

Hace algo más de diez años, la historia de la Casa Yela terminó. La violencia contra la mujer, en sus múltiples niveles, no ha cedido un ápice. La historiografía alusiva, en cambio, se ha enriquecido con nuevas investigaciones. Pienso, entonces, en cómo podemos compartir esta riqueza, en que el conocimiento histórico no sea otro privilegio, en que la divulgación sea “una batalla futura”.

